



dió al pontífice que se le prolongase el plazo, y protestó ante la Dieta de Nuremberg contra el derecho que el papa se arrogaba de examinar y confirmar la validez de su elección, diciendo que su dignidad descansaba únicamente en la elección de los príncipes electores. Sin embargo, el pontífice había concedido el plazo; pero cuando Luis con tono arrogante se exaltó hasta acusarle de proteger la herejía, Juan le excomulgó, y á esta medida siguió el entredicho en 1.º de Octubre de 1324. En un arrebató de cólera tomó el príncipe la resolución de seguir las huellas de Enrique IV y de Felipe el Hermoso, y publicó una memoria, en que trataba al que se llamaba papa Juan de enemigo de la paz y de fautor de los trastornos que desolaban la Alemania y la Italia. Resultó de ahí por una y otra parte una polémica muy fuerte, que pronto manifestó á todo el mundo que la política egoísta, arbitraria y parcial, seguida por los últimos papas, había dado un gran golpe á la consideración de la Silla apostólica, y excitado, respecto á ella, sentimientos de indiferencia ó de desconfianza en toda la cristiandad.

Conviene enumerar también entre los enemigos del papa á los doctores de la universidad de París, Marsilio de Pádua (*de Raymundinis*), muerto en 1328; Juan de Jandun, muerto después de 1338, los cuales verosíblemente recibieron la influencia de los Mínimos del partido rigorista (*spirituales*); Ubertino de Casal; Hangenør de Ausburgo, secretario íntimo del emperador; el célebre nominalista Guillermo Occamo (1342), provincial de los Minoritas, y por fin, Lupoldo de Bamberg, muerto en 1354, quien, sin embargo, hizo grandes esfuerzos para dirigir la fe, que era todavía muy profunda en la omnipotencia pontificia.

En la obra sofística titulada *Defensor pacis*, Marsilio, Juan de Jandun y algunos otros colaboradores, llegaron á extraviarse hasta tocar las últimas consecuencias del calvinismo. Toda la autoridad legislativa y judicial de la Iglesia, dicen, reside en el pueblo, que la confió primero al clero. Las distinciones jerárquicas son debidas tan sólo á la ambición de este último; el privilegio del primado, tan sólo por conveniencia exterior ha sido atribuido al obis-

de Roma por la asamblea de los fieles, ó por el emperador su representante. Por lo demás, este privilegio en su principio consistía únicamente en la facultad de convocar los concilios generales. Todos los bienes eclesiásticos pertenecen al emperador, quien es el único que tiene el derecho de instituir y de deponer al papa.

Occamo en un principio no fué tan lejos, siguiendo en general las ideas de la *Monarquía* de Dante (1321); y como estaba muy imbuido en el estudio de la antigüedad, desarrolló la teoría del poder político opuesto al punto de vista cristiano. Atacó los derechos de los papas sobre los Estados romanos, sosteniendo que el emperador ha heredado la autoridad absoluta de que gozaban los emperadores romanos sobre todo el mundo, y que este poder deriva inmediatamente de Dios. Occamo niega y desecha cuantos datos históricos sirven para demostrar la identidad de la dignidad del rey de los romanos y la de los antiguos emperadores. Dice también: La elección transmite por el hecho y sin coronación un poder ilimitado y soberano. Finalmente, viendo Occamo que su teoría iba á ser anatematizada, llevó su polémica hasta el punto de renunciar á los principios católicos, negando la infalibilidad de los concilios ecuménicos.

Lupoldo de Bamberg, aunque más razonable en sus opiniones, sigue las mismas tendencias que Occamo, y en su tratado de *Juribus regni et imperii Romanorum*, trata de demostrar la independencia del imperio romano.

Doctrinas como estas sobre la omnipotencia imperial, debieron engendrar otras opuestas sobre la de los pontífices. El ermitaño Agustín Triunfo, muerto en 1328, y el franciscano Albaro Pelagio, muerto después de 1340, sostuvieron la siguiente tesis: El poder del papa es el único que emana directamente de Dios; toda otra autoridad, tanto la del emperador como la de los otros soberanos, deriva de la pontificia. El papa por sí solo puede nombrar un emperador, y quitar á los electores el derecho de elección que les ha sido concedido; y el elegido en manera alguna puede gobernar el imperio antes de ser confirmado y coronado por el pontífice, aunque desde luego pueda ocuparse de



los negocios de Alemania. Finalmente, el papa tiene el derecho de nombrar directamente el emperador, bien sea por vía de sucesión, ó bien por vía de elección. Estas opiniones distaban mucho de poder pacificar los espíritus ni acallar las dudas que se presentaban acerca del poder de la Silla apostólica, y que, tomando cada vez más cuerpo, conmovieron los más celosos partidarios del antiguo orden de cosas, y hasta hicieron temer que el supremo pontificado sucumbiría en la lucha. Esta disposición se manifiesta muy bien en un escrito muy posterior del canónigo Pedro de Andlo, que murió en 1475, quien no obstante de estar por la organización jerárquica, da á comprender su oculto pensamiento de la inutilidad de su obra.

Luis de Baviera, reconciliado con Federico de Austria, se dirigió á Italia en 1327 rodeado de obispos y monjes cismáticos; puso en planta las doctrinas de sus partidarios, decretó en Roma pena de muerte contra aquellos que se hiciesen culpables de herejía ó de lesa majestad; hizo publicar una serie de quejas contra el papa, á quien acusó de traidor, é hizo deponer y condenar á muerte á Juan XXII, en cuyo lugar colocó al franciscano Pedro Rainalducci, que pertenecía al partido de los *spirituales*, y tomó el nombre de Nicolao V. Mas las armas victoriosas de Roberto de Nápoles y el desprecio de los romanos terminaron esta escandalosa comedia, de manera que Luis y su papa fueron obligados á retirarse, y la mayor parte de las poblaciones italianas, y aun los mismos jefes gibelinos, abandonaron el partido del emperador. El antipapa, abandonado en Pisa, cayó en poder de Juan XXII, y murió en la cárcel de Avignon en 1333. El entredicho que siguió á la excomunión de Luis, hizo para este un efecto muy malo en Alemania, y así fué que en lo sucesivo (1330) se manifestó humildemente sumiso á la Santa Sede para que se lo levantasen. Pero Juan desechó con altivez toda condición de paz que conservase en el trono imperial á Luis; motivo por el cual este llegó á querer abdicar en favor de su primo Enrique, duque de la baja Baviera. Sin embargo, siguió muy pronto con más encarnizamiento que antes las hostilidades contra el pontífice, y

pretendió reunir un concilio general para acusar en él de hereje al papa sobre la *contemplación de los Santos* y hacerle deponer.

En esto murió Juan XXII, dejando bien lleno su tesoro con el producto de las anatas y por la posesión de muchos grandes beneficios. Su sucesor, Benedicto XII, quiso emprender una reforma en la corte pontificia, aligerar los impuestos, ya insoportables, y sacudir el vergonzoso yugo de los reyes de Francia, al propio tiempo se manifestó favorablemente dispuesto por el emperador Luis, que por su parte acogía todas las coyunturas razonables. Sin embargo, estaba Benedicto demasadamente atado por la gran preponderancia de los cardenales y de la corte de Francia. Esta se esforzó en impedir la reconciliación con Luis, y todo lo que pudo hacer el pontífice en favor de Alemania, tan atrozmente trabajada, fué no lanzarle más censuras. Así que fué reconocida esta disposición del papa, los príncipes electores se reunieron en Francfort en 1338, y declararon á Luis inocente de todos los agravios que habían determinado el entredicho, é igualmente que sería perturbador del reposo público cualquiera eclesiástico que se ocupase de este entredicho. Poco después, confundiendo los electores, como los escritores de que hemos ya hablado, al emperador en su calidad de protector de la Iglesia con el rey de los romanos, proclamaron en 15 de Julio de 1338, en la Asamblea de Rhense, que el emperador únicamente debía su dignidad y poderío á los príncipes electores. La polémica siguió con más encarnizamiento que nunca; Guillermo de Occamo, entre otros, dió un golpe tan terrible al papado en la opinión pública, que casi perdieron todo el crédito las bulas, y que se pudo decir: Con otra victoria semejante que obtenga el papa contra Luis, su caída es segura. Pero este príncipe perjudicó su propia causa, ya atacando con audacia los derechos más sagrados de la Iglesia, concediendo de su propia autoridad dispensas matrimoniales y el divorcio á su hijo, ya retrocediendo lleno de temor y de pusilanimidad. El pueblo perdió del todo la confianza en Luis de Baviera, y por esto pudo Clemente VI obrar contra él con más osadía, mientras que por su parte los elec-





tores le dirigieron amargas quejas. El pontífice lanzó contra el emperador un anatema acompañado de todo el aparato de imprecaciones judaicas, «como si la corte de Avignon, dice »Dœllinger, hubiese querido reemplazar con la »violencia desenfrenada de su lenguaje una falta »de derecho y de justicia.» Al mismo tiempo invitó Clemente á los electores á que escogiesen otro soberano, recomendándoles á Carlos de Moravia, hijo de Juan IV el Ciego, rey de Bohemia. Este príncipe fué en efecto elegido por cinco de los votantes en Rhense en 1346; pero los escandalosos manejos de esta Dieta privaron á Carlos IV del consentimiento general, y tuvo que refugiarse en Francia. La muerte del emperador Luis no le devolvió la confianza de la nación, y aunque fué allá con el levantamiento del entredicho pontificio, encontró un antagonista en la persona de Gunther de Schwartzburgo, y se vió precisado á hacerse reelegir en Francfort y coronar en Aquisgran en Julio de 1349.

Los minoritas cismáticos, con Occamo á su frente, no pudiendo ya contar con el poder temporal, renunciaron á sus errores. Mas, por otra parte, el porvenir se manifestaba más amenazador que nunca para el papado, porque Clemente creó de nuevo una multitud de cardenales franceses y compró el condado de Avignon á la reina Juana de Nápoles, que era su propietaria como condesa de Provenza, y que lo alienaba para hacer la guerra á los húngaros. Parecía que la silla apostólica iba á eternizarse en Francia; con todo, á pesar de estas circunstancias, tan fatales al poder pontificio, Clemente VI hizo que se aceptase su mediación y que se restableciese la paz entre Inglaterra y Francia, Hungría y Nápoles, Génova y Venecia.

Después de Clemente, fué elegido el austero y piadoso cardenal Estéban de Alberto, obispo de Ostia, en otro tiempo catedrático de leyes en Tolosa, y tomó el nombre de Inocencio VI. Desde luego impuso á su corte una economía ya indispensable, con lo que pudo disminuir los pesados impuestos de sus predecesores; procuró asimismo poner coto al fausto de los cardenales y proteger su honor alejando de

Avignon la multitud de mujeres perdidas que allí se encontraban, y quitar al Sacro Colegio la despótica autoridad que ejercía.

En su política exterior respetó á los príncipes, y sobre todo, tocante á Pedro el Cruel de Castilla, Inocencio manifestó ser prudente, teniendo en consideración los cambios efectuados en la opinión. En Italia los espíritus se ocuparon con ardor en las ideas de dominación universal, y sobre todo en Roma, la ausencia del papa y la impotencia del emperador exaltaban hasta el delirio y el ridículo esta fiebre de libertad. El tribuno del pueblo Nicolás de Rienzo, después de haber restablecido la república romana, empezó por hacer reinar en ella el orden, la paz y una justicia rigurosa, sujetando fuertemente con su ascendiente á todos los jefes de partido. Muy luego el orgullo le embriagó, y tuvo la audacia de llamar ante su tribunal al papa, á los cardenales, á los dos emperadores rivales Luis y Carlos y á los príncipes electores. Inocencio tomó el partido de apoderarse de las poblaciones que se habían constituido en repúblicas, á cuyo intento envió á Italia en 1353 un fuerte ejército al mando del belicoso cardenal Albornoz, que no tardó en restablecer el poder pontificio. Por su parte, Carlos IV había bajado también á Italia con una pequeña fuerza en 1354, más bien para tener la pueril satisfacción de llevar dos coronas, que para sostener sus derechos. Mas en vano el pueblo romano se entusiasmaba por lo pasado, y el Petrarca lo resucitaba en versos, exclamándose: «¡Pueda el nuevo Augusto volver á Italia! ¡Pueda Roma volver á ver su desposado, »y la Italia besar sus pies!» Carlos no fué á Roma y estuvo en paz con el papa. A pesar de muy buenas cualidades, se pudo echar en cara á Inocencio VI una inclinación demasiado grande al nepotismo.

El abad del monasterio de San Víctor de Marsella le reemplazó con el nombre de Urbano V, y conservó bajo la tiara el renombre de sus grandes virtudes. Había resuelto llevar á Roma la silla apostólica; Petrarca le excitaba á ello, preguntándole «¿si prefería resucitar algún tiempo entre los pecadores de Avignon ó entre los apóstoles y mártires de Roma?» Los



antecesores del pontífice habían estado en abierta guerra contra el temible Bernabo, tirano de Milan, y Urbano lanzó contra él las censuras más rigurosas de la Iglesia, que apoyó con una cruzada en 1363. El vizconde tuvo que aceptar muy luego las condiciones de paz (1364). Con la mira de restablecer completamente la de Italia, el papa cumplió los deseos apremiantes de todos los hombres de bien, y en 1367 entró en Roma en medio de las generales aclamaciones. Sin embargo, algunos cardenales se habían quedado en Avignon, y otros creían ir á destierro pasando á la Ciudad Santa.

Estando las cosas de esta manera, Carlos IV llegó á Italia é hizo que Bernabo mantuviese la tranquilidad pública. Por un instante las disposiciones pacíficas de entrambas potencias parecieron marchar á una por el bien general, mas luego que hubo partido el emperador fué crítica de nuevo la posición del papa, y el nombramiento de seis cardenales franceses en 1368 hizo que su influencia dominase de nuevo en el Sacro Colegio. No fueron bastante para evitar la vuelta del pontífice á Avignon los ruegos y lágrimas del piadoso franciscano Pedro, de Santa Brígida, ni de los príncipes de Aragón; allí murió luego en 1370, como lo había vaticinado Santa Brígida. Las virtudes de Urbano, que le han merecido el concepto de Santo, parecían destinadas á brillar en mejores tiempos.

El cardenal Roger, todavía joven y pariente de Clemente VI, sucedió á Urbano bajo el nombre de Gregorio XI; su advenimiento fué señalado con la elección de diez y ocho cardenales franceses, que prometieron poco consuelo á la Iglesia. Con todo, el levantamiento de Bernabo y de su hermano Galearzo, que fué preciso excomulgar en 1372; los esfuerzos de las poblaciones de los Estados pontificios para hacerse independientes y asociarse con los florentinos, hicieron más necesaria que nunca la vuelta del papa á Roma. Santa Catalina de Sena tomó parte en esto con la autoridad que le daban su virtud y el don de profecía. Convencido Gregorio, se fué á Roma en 1377, acompañado de todo el Sacro Colegio, exceptuados seis cardenales; mas no fué dueño ab-

soluto aún en su nueva residencia, y se vió precisado á entrar en negociaciones con el partido opuesto. Apenas logró Santa Catalina calmar en Florencia el furor del pueblo. La muerte impidió que Gregorio abandonase á Roma. Luego después se entablaron negociaciones para conseguir la paz, que inmediatamente fué concluida.

Los papas de Avignon dieron cima al código del derecho canónico. La última colección de decretales auténticas fué redactada en tiempo de Clemente V, y compuesta de los cánones del concilio de Viena y de algunos otros (lib. V *Clementinarum*). Las constituciones que más tarde aparecieron fueron conservadas aisladamente (*XX extravagantes Joana XXII*, divididas en XIV títulos, *LXXIV extravagantes communes*, formando 5 libros). Más tarde, Juan Chappuis las recogió en su edición del *Corpus juris*, en Paris el año de 1499. Fué una desgracia para la silla apostólica la pérdida de su independencia y la influencia exclusiva de la política francesa en los consejos pontificios con detrimento de las otras naciones, porque alteraron la confianza general en el jefe supremo de la Iglesia. Pero una multitud de impuestos arbitrarios, conocidos con los nombres de *reservas*, de *encomiendas*, de *vacantes*, de *anatas* (*fructus mediæ temporis, primi anni*) derechos de confirmación, la contribución por las cruzadas convertida en verdadero diezmo, y finalmente, el triste cuadro trazado por Petrarca, testigo ocular de los escándalos de Avignon, hicieron que el papado perdiese casi todo su crédito y autoridad. Los esfuerzos de Benedicto XII, de Inocencio IV y de Urbano V, no pudieron contrabalancear el efecto general de estos desórdenes. Poco á poco la relajación y la disolución se habían extendido de la cabeza á todos los miembros de la Iglesia, y así el tronco como las ramas estaban lánguidos, estériles y deshonrados.

Los tristes acontecimientos de los precedentes reinados hicieron temer á los romanos que el papa elegido para reemplazar á Gregorio XI no mirase por los intereses de la nación francesa, y por esta razón pidieron con instancia al cónclave un italiano, y si fuese asequible,





un romano. Hubo unanimidad en la eleccion, que recayó en el venerable arzobispo de Bari, que despues de alguna resistencia subió á la silla de San Pedro bajo el nombre de Urbano VI. Apoyado en el amor del pueblo, atacó con energía las relajadas costumbres de los cardenales franceses, que se retiraron de Anagni, desde donde enviaron á Urbano la extraña orden terminante de que renunciase la dignidad pontificia. Se apoyaban en que la votacion no habia sido libre, á pesar de que ellos mismos habian manifestado lo contrario á los cardenales que se quedaron en Avignon. Por desgracia, siendo Urbano obstinado de carácter, despreció el consejo de Santa Catalina de Sena, que altamente solícita por el bien de la Iglesia, le habia instado á crear un suficiente número de cardenales dignos de serlo, y su imprudente conducta le enagenó los espíritus mejor dispuestos. Los tres cardenales romanos fueron atraídos al cónclave de Fondi, adonde habian ya comparecido los de Avignon, y eligieron al cardenal Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII (1378-94). No creyéndose Clemente con seguridad en Italia, se refugió á Avignon, y muy luego la política francesa supo hacer que obedeciesen á su papa Nápoles, Saboya, Castilla, Aragon, Navarra, Escocia y Lorena. Estuvo, pues, dividida en dos la cristiandad, no sabiendo á qué obediencia sujetarse. Solamente entonces fué cuando Urbano resolvió crear veintiseis cardenales italianos, y excomulgó á los cardenales franceses y sus partidarios. Al propio tiempo procuró establecer un orden perfecto en Roma. Clemente VII, por el contrario, hacia sufrir el peso de su autoridad á la Francia, causa primera de la desgracia que desolaba á la Iglesia; mas á su vez la Francia, teniendo esclavo en cierta manera al antipapa, no le evitó disgusto alguno en Avignon. Por causa de esta lucha lamentable, Nápoles fué convertido en teatro de las más atroces crueldades. Cinco cardenales romanos que, apoyados en una consulta del canonista Bartolino de Plasencia, querian poner en tutela al papa, fueron presos por las inhumanas órdenes de Urbano, se les dió tormento, y fueron ajusticiados en Génova. Nápoles, encontrándose

se excomulgado, iba á ser atacado por el papa, cuando este murió.

A pesar de todo esto, el cisma fué continuando, y los cardenales romanos eligieron á uno de sus colegas, llamado Pedro Tomacelli, que tomó el nombre de Bonifacio IX. Ambos papas se anatematizaban reciprocamente, y por un extraño trastorno de todos los principios, su victoria concluyó por depender del asentimiento de los pueblos, ó siguiendo la mejor hipótesis, del apoyo que les prestaba la generalidad de los sábios. La Sorbona de Paris fué la que más se distinguió por los esfuerzos que hizo para dar fin al cisma. A este intento, propuso tres medios, á saber: la abdicacion voluntaria de los dos pontífices, ó un compromiso basado en la decision de un tribunal de árbitros, ó la convocacion de un concilio ecuménico. La carta enérgica que escribió á Clemente VII le dió tal pesar, que murió de él; pero fué reemplazado por el astuto cardenal de Luna, con el nombre de Benedicto XIII, que fué elevado en 1394, é hizo que la extincion del cisma fuese más difícil que nunca. Con sus mañas, logró ganar para su causa al principal órgano de la Sorbona, el célebre Nicolás de Clemengis; hizo que el famoso Pedro de Ailly (*Petrus ab Allia-co*) aceptase el obispado de Puy, y atrajo á su corte al taumaturgo de su tiempo San Vicente Ferrer.

A pesar de todo esto, y con la mira de terminar la lucha, la asamblea del clero, reunida en Paris en 1395, se decidió por la deposicion de los dos adversarios. Benedicto apeló á todos los efugios, y pareció no querer dejar la tiara hasta haberla degradado de todos modos. La misma Francia desechó con horror al antipapa, mientras que el partido de Bonifacio aumentaba de dia en dia; mas este papa murió en medio de sus nuevas esperanzas. Entonces el legado de Benedicto declaró que este nunca abdicaria. Los cardenales juraron todos que el elegido emplearia todos los medios, hasta la abdicacion, para terminar el cisma, y fué elegido Inocencio VII, que no apareció sino para dejar su lugar á Gregorio XII.

Siendo ya infructuosos todos estos esfuerzos para lograr la paz, se levantó un vivo descon-



tento, y entonces se habló de una entrevista en Savona entre Benedicto y Gregorio. Se verificó, en efecto; mas el ser una cosa tan poco conforme, y el lenguaje bajamente doble que mutuamente se tuvieron, han hecho de esta entrevista uno de los episodios más aflictivos de la historia eclesiástica. La Francia renunció á la obediencia de Benedicto; los cardenales romanos á la de Gregorio, y los dos partidos convinieron en Liorna que se reunirían en Pisa en el mes de Marzo de 1409, para celebrar allí un concilio general que pusiese término á estos aflictivos debates. La carta convocatoria exponia con oscuridad y juzgaba bastante mal el negocio en cuestion. La posicion tomada en consecuencia por los dos papas enfrente de sus respectivos cardenales, hizo más dificultosa aún la solucion. Inútilmente ensayó Gerson de justificar la celebracion del concilio sin convocarlo, y sin concurrir á él el papa. Su argumentacion es poco fundada, y siempre han quedado dudas legítimas acerca de si las actas de este concilio eran ó no ecuménicas.

No se ha visto nunca cosa más magnífica y brillante que la apertura del concilio de Pisa. El Sacro Colegio estaba representado en él por veintitres cardenales de los dos partidos; el episcopado por noventa y dos prelados presentes, y ciento y dos procuradores ó diputados de obispos ausentes; el sacerdocio por ochenta y siete curas y doscientos delegados, con los generales de las cuatro órdenes mendicantes; finalmente, la ciencia por ciento veinte maestros en teología, trescientos doctores y licenciados en derecho romano y canónico, los príncipes reinantes por los embajadores de Inglaterra, Francia, Portugal, Bohemia, Polonia, Sicilia y Chipre.

Tuvo lugar la primera sesion en 25 de Marzo de 1409, el mismo dia de la Anunciacion, bajo la presidencia del decano de edad, el cardenal Guido de Malesec. Despues que el concilio hubo escuchado á los más distinguidos representantes de la ciencia, Pedro de Ailly, obispo de Cambrai (desde 1398), y al canciller Gerson, y habiéndose declarado ecuménico en las sesiones octava y novena, respondió á las protestas de Benedicto XIII y de Gregorio XII,

apoyadas por Roberto, rey de Germania, y Ladislao, de Nápoles, declarándolos obstinados y perjuros, cismáticos y herejes incorregibles, indignos de su dignidad y excluidos de la comunión cristiana. Los cardenales leyeron en la sexta sesion una solemne promesa, por la cual el papa venidero se obligaba anticipadamente á no cerrar el concilio antes de reformarse la Iglesia en su jefe y en sus miembros. Despues de haber establecido en una larga discusion que, en las presentes circunstancias, tenian los cardenales derecho de elegir un pontífice, recayó el nombramiento en el cardenal Pedro Philargi, natural de Candia, en 26 de Junio, y tomó el nombre de Alejandro V. Tenia crédito por teólogo y orador, era severo en sus costumbres, rico como obispo, pobre como cardenal; se empobreció por sus imprudentes larguezas cuando fué elegido papa, y á pesar de la rectitud de sus intenciones, se convirtió en dócil instrumento del astuto cardenal Cossa.

Hecha la eleccion, el concilio celebró un reducido número de sesiones, en que el nuevo papa condenó todos los impuestos atrasados, renunció las rentas de los obispados vacantes, igualmente que las llamadas *fructus medii temporis*. Se decretó igualmente que habian de celebrarse sínodos provinciales y diocesanos, capítulos de obispos y abades; finalmente, la asamblea se separó sin haber trabajado en la reforma de las costumbres y de la disciplina, que tan necesaria era, y de que tanto se habia hablado. Sin embargo, se obligaron por unanimidad á reunirse dentro de tres años en concilio general para ocuparse de ella. Ciertamente no se puede dudar cuán necesario seria este plazo, cuando se ve que lo piden personajes tan eminentes y tan celosos por la reforma de la Iglesia, como Pedro de Ailly y Gerson. Efectivamente, no se sabia todavía cuáles podian ser los verdaderos medios con que atajar los males que se deploraban. Convenia tambien antes de adelantar ningun paso, que el nuevo pontífice fuese universalmente reconocido. Por desgracia, la España y la Escocia continuaron obedeciendo á Benedicto; Nápoles y muchos Estados italianos á Gregorio. La Europa vió con dolorosa sorpresa tres papas á la vez. Los





esfuerzos del concilio fueron sin efecto, á causa del egoísmo de los príncipes, que, sin escuchar el voto formal de toda la cristiandad, sin imitar el ejemplo de los Padres del concilio de Pisa, atizaron el fuego en vez de apagarlo, y en una cuestion tan grave siguieron únicamente su interés ó su capricho.

Alejandro V murió luego despues fugitivo en Bolonia, y el cardenal Cossas, que era acusado de haber envenenado al papa, á pesar de este rumor público, fué elegido en su lugar con el nombre de Juan XXIII. Teodoro de Niem hace una pintura horrorosa de su vida, costumbres y violencias. Sin embargo, confirmó los reglamentos de su antecesor, igualmente que los del concilio de Pisa, y anunció su elevacion á las diferentes córtes, pidiendo su apoyo contra los antipapas. Despues de la muerte de Roberto, Juan XXIII logró que los electores estuviesen en favor de Segismundo de Luxemburgo, y obligó al mismo tiempo á Ladislao de Nápoles á abandonar á Gregorio. Mas cuando Juan trató de exigir el diezmo de todos los beneficios, la renta de las iglesias vacantes y los bienes dejados por los curas muertos, la Sorbona y el Parlamento se levantaron en Francia contra semejantes pretensiones.

Sin embargo, el papa abrió por forma el concilio en Pisa, al que compareció un reducido número de obispos, y terminó prontamente despues de haber condenado con rapidez diferentes proposiciones de Wiclifo, de Juan Huss y de los antipapas. Por otra parte, Juan XXIII habia tomado buenas medidas para que no llegasen los obispos; y como estaba resuelto á no reformarse á sí mismo, ni tampoco á los otros, se habia entendido con su antiguo enemigo Ladislao, para que este cerrase todos los caminos que conducian á Roma. Mas este último pronto se volvió en contra del papa, y le obligó á abandonar á Roma y á buscar un asilo sucesivamente en Florencia y en Bolonia en 1413. Desde esta última ciudad convino Juan con los soberanos el lugar en donde tenia que reunirse el concilio. Habiendo muerto de repente Ladislao, el emperador Segismundo designó Constanza, en donde se abrió efectivamente el concilio el 1.º de Noviembre de 1414. Desde en-

tonces fué que Pedro de Ailly y Gerson hicieron circular enérgicos escritos para inspirar á la asamblea proyectada una actividad mayor y más provechosa.

El concilio de Constanza, no menor que el de Pisa, se presentó en un principio altamente brillante; comparecieron en él diez y ocho mil eclesiásticos, sin tener en cuenta un gran número de príncipes temporales. Convínose en votar, no por mayoría, sino por nacion. La Alemania, la Francia, la Italia, la Inglaterra, y más tarde la España, formaban otras tantas curias, todas las cuales manifestaron tendencias particulares é individuales. Juan XXIII estaba muy poco dispuesto á comparecer en Constanza, y en todo el camino escandalizó al pueblo de los campos, jurando con frecuencia en nombre del diablo; y así que descubrió la ciudad de lejos, dijo: «¡Ay de mí! ¡allá está la trampa para coger el zorro!» Hechos los preliminares de costumbre, el concilio exigió la abdicacion voluntaria de los tres papas. Sorprendido Juan con este golpe imprevisto, de pronto pareció resignarse; mas luego, á pesar de su juramento, y creyéndose fuerte con el apoyo de Federico, duque de Austria, se escapó á Schffouse el 21 de Marzo de 1415, y continuó bajando el Rhin, despues de haber revocado todas sus concesiones anteriores, como arrancadas á la fuerza. A no haber sido los cuidados del noble Gerson y su venerable maestro el cardenal de Ailly, el concilio no habria podido continuar sus deliberaciones. Los escritos del sabio Canciller sobre la reforma de la Iglesia habian producido una impresion profunda, y por esto en la tercera y cuarta sesion se logró esta tan célebre decision: «El papa no tiene derecho de oponerse á un concilio general, ni de disolverlo sin su anuencia. Por lo tanto, el actual concilio continúa gozando de toda la plenitud de su autoridad, á pesar de haberse escapado el papa. Todos, y hasta el mismo papa, están obligados á obedecer al concilio general en todo lo relativo á la fe y á la extincion del cisma.» El obispo de Posen leyó esta decision, que así Pedro de Ailly como Gerson se encargaron de justificar con sus escritos mientras durase el concilio.



Sin embargo, considerándolas en sí mismas, estas proposiciones no podian sostenerse ni admitirse; no convenian á un cuerpo sano y robusto, cuyos órganos todos deben concurrir al bienestar general. En el hecho, la cabeza no está ni encima ni debajo del cuerpo; ella es uno con él, en él; no hay cuerpo viviente sin cabeza, ni cabeza con vida sin cuerpo. Otro tanto sucede respecto de la Iglesia, cuerpo místico, cuya cabeza invisible es Jesucristo y el papa el jefe visible. Así la supremacia del concilio que se proclamaba no correspondia al estado normal de la Iglesia, pero en atencion á las circunstancias extraordinarias en que se encontraba pareció necesaria, puesto que los papas se habian apartado realmente de la comunión eclesiástica, y ningun caso hacian de las más justas demandas. Habian echado á Dios de su corazón, y muy á menudo vivian en una vergonzosa inmoralidad. Tres papas rompian la paz y la unidad de la Iglesia, y ninguno de ellos queria ceder, ni abdicar, ni sujetarse á un arbitramento; parecia, por consiguiente, que el solo medio de salir de la crisis era declarar y sostener que el papa es inferior al concilio ecuménico, y que en lo tocante á la fe, á la extincion del cisma y á la reforma de las costumbres, puede ser juzgado y depuesto por el concilio. En consecuencia, Juan XXIII fué realmente depuesto, y se sujetó al decreto cuando el margrave Federico de Brandeburgo se hubo apoderado de su persona. Gregorio cumplió tambien con su deber renunciando voluntariamente sus funciones. Respecto á Benedicto, que se manifestaba más recalcitrante, fué depuesto como perjuro, hereje y cismático el 1.º de Abril de 1417, y aunque declarase con más obstinacion que nunca que la Iglesia estaba en Peñíscola (el arca de Noé), su actual residencia en España, la Iglesia le olvidó y estuvo muy satisfecha de no tener más que una cabeza tan pura de costumbres como conciliadora de carácter en la persona del cardenal Oton Colonna, entonces el papa Martino V (11 de Noviembre de 1417).

La paz fué restablecida; pero para lograrla habian sido precisos largos esfuerzos, porque Segismundo y la nacion alemana, sostenidos

primeramente por los ingleses, pretendieron que se procediese antes á la reforma que á la eleccion de un papa; con todo, Ailly y Gerson no tardaron en reconocer que lo más apremiante era elegir un soberano pontífice. «Todo reino dividido en sí mismo será trastornado, y no puede sostenerse, decian; simples decretos no pueden reformar la Iglesia en sus jefes y en sus miembros, sobre todo cuando las partes interesadas pudiesen rechazarlos bajo el especioso pretexto que emanan de una asamblea sin jefe.» El concilio tenia una triple mision: 1.º, acabar con el cisma; 2.º, purificar la fe y reprimir los errores de los hussitas; 3.º, reformar las costumbres y la disciplina (*intendimus insistere pacem, exaltationem et reformationem Ecclesie et tranquillitatem populi christiani*). Sólo, pues, habia sido realizada la primera, y se habia tambien procurado sofocar la herejía de Juan Huss; pero la llaga no habia hecho más que irritarse desde que llegó este á Constanza hasta su muerte (3 de Noviembre de 1414—6 de Julio de 1415), que fué para la Iglesia un mantial de peligros todavía mayores.

Tocante á la reforma de la Iglesia, el papa Martino no correspondió del todo á lo que de él se esperaba. La comision nombrada por él para trabajar en esta importante obra, formada por seis cardenales y diputados de cada una de las naciones, nunca pudo entenderse; tan discordantes eran las proposiciones de sus miembros. Por este motivo, las naciones encontraron más útil, para remediar los males más intensos y los abusos más manifiestos, concluir concordatos particulares con el papa. Esta medida, apoyada por los cánones de reforma, ya parecia un feliz principio de la obra proyectada desde tanto tiempo (*reformatio Ecclesie*). Una completa y radical reforma era imposible mientras se careciese del primer elemento para realizarla, esto es, de un clero más ilustrado y más regular en sus costumbres. Lo primero que debia hacerse era empezar por reformarse á sí mismo, porque el mal era ménos exterior que interior, y consistia sobre todo en un profundo egoísmo, en el olvido de Dios y en el alejamiento de los santos misterios. Por su parte, los obispos se manifestaban en general más